



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10818

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 17 DE NOVIEMBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Casanary 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LORBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, raíls, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria

TIENEN RAZON

A fuerza de tomar pretexto de las guerras que sostiene España para hacer política, hemos dado lugar á que allá en el fondo del archipiélago filipino germine en los espíritus españoles cierto movimiento de protesta.

Tienen razon los protestantes; los periodicos que cultivan la nota pesimista y que recargan el cuadro de la insurrección de tintes negros, para darse el gusto de arrojar la responsabilidad sobre el gobierno, llegan á la capital del archipiélago, se extienden por el terreno rebelde y van enseñando al enemigo que no nos queda una peseta, que estamos temiendo que cualquier día se nieguen á embarcar los soldados, que la lucha que sostenemos nos acuita y que estamos haciendo un último y colosal esfuerzo sin esperanza de que nos dé mejores resultados que los hechos anteriormente.

Si todo lo que se dice en este sentido fuera verdad, el patriotismo debía imponernos la obligación de sellar el labio; no siéndolo es doblemente censurable que nos ofrezcamos al enemigo influidos por el desaliento y el temor de quedar vencidos en la jornada.

Los efectos de esa conducta no pueden ser más desastrosos: se ob-

servan á primera vista; se palpa á poco que comparemos á los tagalos de hoy con los que se batieron en Cavite, en Imus, en Pampuna, en Salitran y en todos aquellos formidables baluartes en que se encastillo la insurrección tagala en el primer año de su existencia. Con base firme de operaciones; con elementos de que hoy carecen; con el espíritu lleno de ilusiones por lo fácil del primer triunfo; con la confianza que da el número y lo ventajoso de la posición ocupada, no se atrevieron en aquellos días los insurrectos á salir del perímetro que dibujaban en la extensa provincia de Cavite sus formidables trincheras; y si alguna vez se arriesgaron á hacer una incursión tierra adentro, para probar fortuna levantando el país contra el dominio español, la presencia de nuestros cazadores y las balas de los Mausers les obligó á desistir de sus propositos.

Pesaba entonces sobre el espíritu de los tagalos el temor al castigo. Dominando sus alegrías por el triunfo alcanzado, se oía la voz del león rugiente anunciadora de la venganza, sin que ninguna nota discordante viniese á interrumpirla. Y la venganza sobrevino y los insurrectos huyeron espantados, abandonando sus fuertes, sus trincheras, sus parques, sus cañones, todo aquello que tan fácil les fue adquirir por la sorpresa y por la audacia; un momento más de unión y la insurrección filipina sería un hecho pasando á la historia.

Pero la unión se deshizo; la política, esa ciencia de gobernar los pueblos, que por lo que toca á España es el arte de levantar malas pasiones, abrió campo al pujilato de éstas y las columnas de los periódicos comenzaron á llenarse de recriminaciones, de protestas, de augurios terroríficos, de pesimismo inoportunos que sembraban en los españoles la desconfianza y llevaban al campo de la rebeldía

esperanzas de triunfo basadas en nuestras empujadas discordias. Porque esas protestas y esas recriminaciones y esos augurios que parecen indicar, por lo siniestras, que estamos en vísperas de arriar la bandera de España en nuestros dominios de Ultramar porque no nos queda dinero, llegan á los campamentos de Aguinaldo y envalentonan á nuestros enemigos y los hacen persistir en la lucha haciéndoles acometer empresas en que no pensaron cuando disponían de elementos que hoy no tienen.

Ya no huyen los tagalos á la aproximación de nuestras tropas; al contrario, resisten á pié firme durante muchas horas. Tampoco esperan ser atacados sino que atacan á su vez, atreviéndose á dar golpes de mano como el dado recientemente en Allaga, capital de Nueva Ecija.

¿Se impondrá alguna vez la prudencia?

El patriotismo lo exige, y los exigen también los que en Cuba y en Luzon tienen que destruir con peligro de sus vidas el aliento que la prensa política levanta inconscientemente en los campamentos enemigos.

TIJERETAZOS

Dice «El Globo»:

«Es muy de alabar el propósito, ya anunciado por el señor ministro de Marina, de confiar á los astilleros civiles la construcción de uno de los buques de guerra.»

¡Que es muy de alabar!

Pero cristiano, ¿no se ha enterado usted aun de que cada vez que se ha recurrido á la industria particular hemos salido con las manos en la cabeza?

Los socialistas santanderinos están organizando una manifestación de desagrado á Weyler en oposición á la de agrado que preparan contra viento y marea los amigos de dicho general.

¿A que resulta una desdicha la llegada de Weyler?

Dice «El Mercantil Valenciano»,—que el candidato elegido para alcalde de Nueva York, es un individuo jefe de una troupe que tiene por objeto explotar la administración municipal de dicha población.

¿Qué cosas se descomponen en la república modelol

Y esas gentes que se organizan de esa manera y con ese fin, con su capitán y todo, hablan de Cuba y de los españoles.

¿Y el pudor, caballeros?

(Eso de caballeros es un decir.)

«La Publicidad» de Barcelona da cuenta del siguiente caso ocurrido en aquella población:

«Habita en la plaza del Beato Oriol de esta ciudad una señora de modesta posición, pero muy caritativa, la cual noches atrás acogió en su domicilio por recomendación del dueño de la faltona en que se surte de pan, á un matrimonio, buena gente, que no tenía donde albergarse aquella noche.»

La buena mujer les dió á los conyugues cena y cama, amén de afable trato, y tan bien les supo á las necesidades á quienes favorecía, que, abusando de los caritativos sentimientos de su huésped, permanecieron varios días en la casa, y tanta libertad se tomaron, que una noche en que se quedó su bienhechora á cenar en casa de unos parientes y regresó algo tarde á su domicilio, tuvo que escuchar recriminaciones duras de aquella gente recogida de limosna.

Asustada la buena señora se recogió en su dormitorio, cerrándose interiormente, y cuando al día siguiente, no oyendo al marido, ni á la mujer, fue al cuarto que le destinaba vió que habían desaparecido, y con ellas las sábanas de la cama y algunas otras prendas de ropa blanca, una corta suma en metálico que guardaba en la cómoda y otros objetos.»

Lo raro es que no arrojaron á la calle á la señora y le echaran la llave á la puerta.

Como hizo una vez cierto personaje con el general López Dominguez.

Le pidió hospitalidad política, se identificó con él, selló el pacto con un abrazo y luego... se quedó con la casa, con el partido y la bandera.

Y el sobrino de su tío se quedó á la luna.

En favor del Arsenal

Nuestro amigo D. Antonio Garcia Alix, Diputado por esta circunscrip-

ción, de conformidad con los artículos que venimos publicando, en defensa de los arsenales del Estado y de sus maestranzas, por encontrarlos muy acorralados, y coincidiendo con ellos su interés constante por cuanto á Cartagena y á sus elementos de vida se refiere, se ha dirigido al Sr. Ministro de Marina, en defensa de nuestro Arsenal, uno de los más importantes y el único que poseemos en el Mediterráneo, para que se atienda á él y á su maestranza, y no resulte perjudicado al otorgar favor á la industria privada.

El Sr. Garcia Alix ha manifestado al Sr. Bermejo, que sin que intentara ni pretendiera perjudicar á la industria particular, le rogaba con todo encarecimiento que procurara quedarse á cubierto de todo perjuicio y de todo peligro de que pudiese faltar el trabajo en los arsenales del Estado, llamándole la atención sobre la grande importancia del de Cartagena, y sobre la perfección de las obras que se realizan en él.

El Sr. Ministro de Marina, carta que tenemos á la vista, coincide con nuestras aspiraciones, y ofrece al señor Garcia Alix velar por que no falte trabajo en este Arsenal, pues opina que el Estado no debe desamparar sus arsenales para favorecer la industria privada.

Damos las gracias al Sr. Garcia Alix, por su interés por Cartagena, que sabrá agradecerle siempre su celo, en favor de ella, celo é interés que ha demostrado siempre, y que seguirá demostrando de seguro en adelante.

GLORIAS NACIONALES

Episodio de la guerra de la Independencia
17 de Noviembre de 1809.

Junto al lago de Ontigola, en las proximidades de Arañuez, dos días antes de darse la para nosotros tan desdichada batalla de Ocaña, trabose un combate entre fuerzas de caballería, de no muy felices resultados para las huestes francesas.

Nuestros pertenecían á las tropas exploradoras del cuerpo de ejército mandado por D. José Carlos de Arceizaga, y los imperiales á la división polaca

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 85

El terror que se apoderó del gobernador al oír estas palabras fué inexplicable.

Asíma se sonrió con desprecio.

—¡Ah! perdon, exclamó el jefe considerándose en manos de un filibustero.

—Vuestro perdon, amigo mio, depende de los contratos particulares que pactemos.

Un rayo de esperanza brilló en el rostro de aquel hombre cobarde. El conde continuó:

—La plaza de Cartagena tiene un delito que purgar: no hace mucho tiempo que degollásteis á los enganchados (1) del Olonés, y éste se salvó por uno de esos milagros que reserva la Providencia para los hombres valientes. Pues bien; ya ha llegado el día de la venganza; la sangre de aquellos desgraciados ha de sellarse con nueva sangre, excepto la vuestra que queda reservada para sufrir los más atrozos tormentos, si os resistís á mis deseos.

Al nombre del más célebre bandido que aterrorizaba las costas, el gobernador no tuvo valor para resistir. Conocía, en la audacia del fingido comandante, en sus ademanes bruscos y palabras feroces

(1) Así se llamaban los subordinados de los gefes boucanieros y de los jefes filibusteros.

CARLOS II EL RECHIZADO

84

sospechoso, os dispararé sin compasión, sin misericordia. Ahora es preciso que me oigais y aceptéis mis condiciones.

El misero gobernador cayó anonadado en el sillón que anteriormente ocupara; sus dientes chocaban los unos con los otros y á veces sentía estremecimientos convulsivos.

—¿Conque sois tan cándido, continuó Asíma que os habeis creído sencillamente esa historia que os acabo de contar? Vaya, señor gobernador: me dan deseos de reir al ver cuanta inocencia existe en vuestro pecho. Yo no soy tal enviado de Luis XIV; he querido usar de esta estratagema para conocer si vuestro talento tenía la penetración de adivinarlo. Otras son mis intenciones. La primera ya la sabéis.

—¡Oh! ¿cual? respondió tímidamente el jefe de la plaza.

—La entrega de Cartagena: no hay cosa mas justa.

—Imposible.

—No reconozco esa palabra y los filibusteros no se detienen nunca.

—Luego vos... ¿quien sois?

—¿No lo habeis comprendido? soy un jefe de los hermanos de la costa.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 81

los á otra parte como habeis supuesto equivocadamente, permanecerán en América.

—¡En América! exclamó el gobernador poniéndose pálido.

—Exactamente. La América es un país rico; lleno de inmensas vetas de oro y plata que se encuentran á corta profundidad de la tierra; tiene hermosos rios navegables, bosques y terrenos vírgenes, donde se pueden crear reinos mas grandes que los de Europa, y ved aquí la razon de mi venida. Congregados los filibusteros podemos conquistar un gran espacio y erigir un imperio ilustre.

El gobernador quedó estupefacto: miró al comandante de la fragata como al todo lo que él quisiese un sueño, y casi tuvo intenciones de llevarse las manos á los ojos por si estaba dormido efectivamente.

—¿Qué estais diciendo? exclamó por último con la fuerza de ese pánico nervioso que se apodera de un hombre cuando apenas acierta á oír lo que escuchaba.

—¡Poh! lo mas sencillo del mundo, contestó Asíma encogiéndose de hombros.

—¿Y tenéis por cosa sencilla conquistar una parte de la América, cuando toda ella es del dominio de la España? Caballero comandante, vos sin duda